

HOMILÍA EN LA PRIMERA MISA DEL RVDO. PADRE JAIME VIVANCOS MACHIMBARRENA

Madrid, 10 de Junio de 2012

P.Juan Barbudo Sepúlveda



Querido Jaime, querida Madre de Jaime y queridos hermanos y familiares de Jaime, queridos hermanos sacerdotes de comunidad y queridos hermanos y amigos del P.Jaime que os habéis acercado en esta mañana para acompañar a Jaime en su Primera Misa:

Ayer pudimos acompañarte en el día más importante de tu vida, asistiendo a tu nacimiento como sacerdote para Schoenstatt, para la Iglesia y para el mundo. Hoy te acompañamos en la celebración de tu primera misa, lo que de toda la vida hemos llamado, cantar tu primera misa. Según la tradición de la Iglesia en España, de toda la vida, al recién ordenado sacerdote se le llamaba el **“misacantano”** y la celebración de su primera misa sería la **“Misacanto”**.

Según esta costumbre muy arraigada en nuestra tierra española, el sacerdote recién ordenado por el obispo diocesano en la catedral de su diócesis, regresaba a su pueblo natal para cantar misa. Allí lo recibía todo el pueblo con vítores y campanas y al día siguiente el neo sacerdote salía desde su casa natal acompañado por cuatro mozas del pueblo, llamadas las *mayordomas*, que portando un palio de flores, y cantando canciones religiosas, acompañaban al recién ordenado a la parroquia, allí lo recibía el párroco, para comenzar la celebración solemne de la primera misa. La homilía se le encargaba a algún sacerdote mayor y terminada la misa, se impartía la bendición solemne del nuevo sacerdote, para dar paso al tradicional *besamanos*. Acto seguido, un grupo de muchachos del pueblo, llamados *los quintos*, portaban al recién ordenado en andas por todo el pueblo, escoltados por las *mayordomas* que llevaban los arcos de flores. Así transcurría una procesión por todo el pueblo terminando en la casa familiar en donde la familia del sacerdote agasajaba a todo el pueblo con un *“ágape fraterno.”*

Nosotros, hoy, en los albores del siglo XXI, ya no vamos a repetir la tradición al pie de la letra (sobre todo lo de cargar con el neo sacerdote),

pero sí te podemos asegurar querido Jaime que hoy te acompañamos en tu primera misa con el mismo cariño, la misma ilusión y con la misma devoción de antaño porque ya eres sacerdote de Cristo, eres un **alter Christus** en medio nuestro.

Sí Jaime, Dios te ha elegido de entre los hombres para ponerte al servicio de los hombres. Así se refería el Padre José Kentenich, Fundador de Schoenstatt: *“el sacerdote es un hombre como otro cualquiera, que es sacado de la masa y escogido por Dios, para ser totalmente de Dios, pero al servicio de los hombres, entregando su corazón a todos aquellos que le son confiados.”*

Esto, Jaime, es un milagro. Si esto mismo te lo contásemos hace tan sólo 10 años, no te lo creerías. Si se lo preguntásemos a tu madre, o a tu familia, menos todavía. Hace diez años tú ya tenías tu vida hecha. Eras un entusiasta ingeniero industrial, dando tus primeros pasitos en el mundo de la consultoría, y de repente, Dios introduce en tu corazón una idea que ya no te deja tranquilo. Emprendes una búsqueda por el sentido de tu vida, por un camino que llene más plenamente tu corazón, lo dejas todo, estudias filosofía, sellas tu Alianza de Amor con la Santísima Virgen y he ahí que las dudas comienzan a disiparse. El sacerdocio se presenta como un camino, como una respuesta, un sacerdocio de la Mater. Dios había tocado tu corazón, estaba llamando a tu puerta: “Mira que estoy a la puerta y llamo y llamo, si alguno escucha mi voz, y me abre la puerta, entraré a cenar con él y él conmigo (Ap 3,2).” Dios te regaló una respuesta en la comunión más íntima con Él. Te quería enteramente a su servicio, como sacerdote, como Padre de Schoenstatt al servicio de nuestra querida Mater.

Es muy significativo este día que te ha regalado la Providencia Divina para cantar tu primera misa por varios motivos. Impresiona la delicadeza de Dios al marcar este día como el día de tu primera misa:

-En primer lugar porque coincide con un aniversario más del fallecimiento de tu padre José. Ayer hace 9 años fallece tu padre y no es casualidad que sea justo el día de tu ordenación sacerdotal. De hecho en un principio te ibas a ordenar en Abril y por motivos prácticos se trasladó la fecha a Junio. Sin duda que es la manera de la que se ha valido Dios para que tu padre estuviese presente en tu ordenación acompañándote desde el cielo. Me puedo imaginar su inmensa alegría asistiendo a este paso tan importante de la vida de su hijo. Me puedo imaginar su visión desde la eternidad. Nosotros acompañamos el nacimiento de un nuevo sacerdote desde aquí, somos receptores de esa

gracia, tu padre desde el cielo, junto a Dios Padre asiste al envío de esta gracia y está viéndolo todo desde el otro lado. En Cristo estamos unidos. Hoy Jaime estás más unido que nunca a tu padre. ¿No es acaso éste un mensaje de Dios para vivir tu sacerdocio muy unido a tu padre y a tu hermano Federico que están en el cielo?

Mi querido Jaime, **Dios te invita a ser un sacerdote paternal.** Que todo el cariño que recibiste de tu padre, lo desbordes en tu sacerdocio para que nunca te olvides de ser, ante todo, **un padre lleno de ternura** con todos aquellos que Dios te confíe.

-Este día además, coincide con un aniversario más de la bendición del santuario de serrano, recientemente nombrado, ***Oasis de María para un mundo nuevo en Cristo.*** El 10 de junio de 2001, día de la Trinidad se bendecía este santuario. Hoy se cumplen 11 años. Este terruño de María tiene mucho significado en tu vida. Aquí conociste Schoenstatt cuando llegaste de Valladolid y te integraste en los grupos de jóvenes. Aquí has conocido a tus mejores amigos. Aquí te preparaste para tu Alianza con la Mater y junto a Ángel Treviño te llenaste de fuego, inflamaste tu corazón de amor por la Mater y por los ideales de Schoenstatt. Aquí has seguido después profundizando en tu vida espiritual junto a la rama de profesionales. Aquí también discerniste tu vocación y sentiste el llamado a la santidad en el sacerdocio. Tampoco es casualidad que tu primera misa sea aquí. Así lo pensó la Mater desde siempre. También Dios te señala con esta fecha un mensaje muy claro, sé fiel a tus raíces, sé fiel a los vínculos personales que Dios te ha regalado, sé fiel a tu amor por la Mater. Ante todo, preocúpate de ser un sacerdote mariano. Ayer D.César, el obispo que te ordenó nos dijo que la Iglesia, antes de ser apostólica, fue mariana. María, con su SÍ, engendró a Cristo, lo acompañó hasta la cruz, mantuvo la llama de la fe siempre encendida, esperó contra toda esperanza, así nació la Iglesia. La Santísima Virgen María es Madre de Cristo, y Madre de todos los sacerdotes. Ella te ha engendrado al sacerdocio. Donde está Jesús está también María su madre. Nuestro Padre fundador el P.José Kentenich, decía que en cada Eucaristía, esta siempre la Santísima Virgen María al lado del altar del Señor, igual que lo estuvo al pie de la cruz. Ella va a estar siempre a tu lado como estuvo al lado de Jesús. **No te separes nunca de ella. Encomiéndale siempre tu sacerdocio y llegarás a buen puerto.**

-En tercer lugar, este día de tu primera misa, coincide con la Solemnidad del Corpus Christi, del Cuerpo y la Sangre del Señor. El contenido de esta celebración es una especie de hoja de ruta para tu sacerdocio. No puede haber mejor día para cantar misa que éste. La fiesta del *Corpus* es por excelencia una fiesta sacerdotal. Es el sacerdote el que hace posible que haya Eucaristía. ¿Y quién si no el sacerdote, para traernos la presencia viva de Cristo mismo en su cuerpo y en su sangre, a través de sus manos ungidas? Jesús mismo así lo dispuso. Eligió primeros a sus discípulos, para quedarse en ellos, y así en ellos, hacerse presente en la Eucaristía. Si no hubiese sacerdotes, no tendríamos la Eucaristía. San Alberto Hurtado, primer santo chileno lo expresa de una manera muy bonita y certera en su **Meditación sobre el Reino:**

“El sacerdocio, las misiones, las obras de Caridad no son materia de obligaciones, de pecado, son absolutamente necesarias para la Iglesia y son obra de la generosidad. El día que no haya sacerdotes no habrá sacramentos y el sacerdocio no es obligatorio. El día que no haya misioneros, no avanzará la fe, y las misiones no son obligatorias. El día que no haya quienes cuiden a los leprosos, a los pobres... no habrá el testimonio distintivo de Cristo, y esas obras no son obligatorias... El día que no haya santos, no habrá Iglesia y la santidad no es obligatoria. ¡Qué grande es esta idea! ¡La Iglesia no vive del cumplimiento del deber, sino de la generosidad de sus fieles! ¡Qué grande es la confianza que Dios nos ha hecho al fiarse de nuestra nobleza, de nuestra generosidad y esperar que le respondamos!”

Sacerdote y Eucaristía están indisolublemente unidos, ya no sólo porque sin los sacerdotes no se puede celebrar la Eucaristía y los sacramentos, sino porque el sacerdote se identifica plenamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, es lo que define la esencia de su ministerio. El sacerdote es otro Cristo aquí en la tierra y se entrega en la Eucaristía para que la Iglesia tenga el alimento de vida eterna. El sacerdote se dona a sí mismo como alimento para la vida de los hombres, como Cristo, es anfitrión de este banquete y además alimento, Pastor y Pasto. Un sacerdote puede hacer muchas cosas, puede desplegar muchas capacidades y desarrollar muchos proyectos pero si no celebra la Eucaristía pierde su esencia, se aísla de la fuente de vida, muere.

El sacerdote y Cristo son uno. José Luis Martín Descalzo, sacerdote y periodista, lo describe con estas palabras tan contundentes en **Razones para la Alegría:**

“Ser sacerdote es ser otro Cristo. Ninguna frase tan machaconamente repetida en toda mi carrera: Sacerdos, alter Christus. El sacerdote es otro Cristo. Los sacerdotes son Cristo en la tierra. Y lo peor-y lo mejor-es que esto es verdad. No es una frase hueca, no, es verdad. El sacerdote usurpa la persona de Cristo, continúa tras él en la brecha. Cuando absuelve no dice: “Cristo, por medio mío te perdona los pecados, sino, yo te perdono. ¿Y quién puede perdonar los pecados sino Dios? Y cuando consagra no dice: “Este es el cuerpo de Cristo, sino, éste es mi cuerpo.”

El origen de la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo se remonta al siglo XIII en el contexto de los monasterios benedictinos, justamente por el afán de realzar mucho más la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Para no habituarse a ella y no ignorarla se pensó en esta fiesta, que no es un acontecimiento de la vida de Cristo, sino una verdad de fe. Se podría objetar la necesidad de esta fiesta, teniendo en cuenta que el Jueves Santo está dedicado a la Institución de la Eucaristía y todos los domingos, son los días del Señor en la Eucaristía. Sin embargo un cierto escepticismo se había introducido en la Iglesia con respecto a la presencia real y es por ello que los benedictinos promueven una corriente eucarística dentro de la Iglesia, hasta que el papa Urbano IV, decreta esta solemnidad en 1264. A lo largo de la historia de la Iglesia numerosos milagros eucarísticos han servido de ayuda a la fe eucarística, incluso dentro de nuestras tierras: milagro del O Cebreiro, en Galicia. Allí un monje escéptico, en pleno invierno, celebrando la misa sin ganas, si estar consciente de lo que sucedía en el altar, en el momento de la consagración, experimenta como la forma consagrada se convierte en un pedazo de carne y del cáliz brota sangre a borbotones.

Quiero destacar otro milagro eucarístico sucedido en Asís en 1240 durante la invasión de los sarracenos a dicha ciudad. Santa Clara de Asís en el lecho de su enfermedad es alertada por una de sus hermanas del convento que están a la puerta los sarracenos dispuestos a saquear el convento. Santa Clara no duda en levantarse con sus escasas fuerzas e ir a la capilla en busca de una pequeña custodia con el Santísimo Sacramento. Con custodia en mano sale a defender su convento y a sus hijas rogando a Dios, que nada malo les suceda. Una voz del cielo le tranquiliza: “Clara yo estoy contigo. Te protejo a ti y a tus hijas de aquí en adelante”. Ante la presencia de Santa Clara con el Santísimo Sacramento los sarracenos se retiran.

Es esa unión profunda con la Eucaristía la que nos regala una fe profunda y una confianza ciega en la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar y a través de éste en la protección de Dios. El sacerdote eucarístico, al igual que Santa Clara, goza de una fortaleza interior y de una firmeza en la fe a prueba de todo.

Querido Jaime, no te dejes nunca de celebrar la Eucaristía con profunda reverencia y devoción. ¡Es Cristo mismo, su persona, la que se hace presente en el altar! El evangelio de hoy nos narra los preparativos de la cena de Pascua, en la que Jesús se despide de sus discípulos e instituye la Eucaristía. ¡Con qué cariño y delicadeza preparó Jesús su última cena con los discípulos! Es su cena de despedida, Jesús es anfitrión de banquete pero también alimento que se entrega y se dona. Jaime, como sacerdote, al igual que Jesús eres el anfitrión, que se entrega como alimento. Que todas tus misas, sean como tu primera misa y las puedas celebrar como si fuera la única misa.

Hay una identificación muy profunda del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo con el sacerdote. Jesús quiso quedarse con nosotros para toda la eternidad en su cuerpo y en su sangre. Jesús ofrece su cuerpo, se encarna en medio de los hombres a través de su cuerpo. También lo hace a través de los sacerdotes. Dios utiliza mediadores para hacerte presente en la vida de las personas y el sacerdote es mediador por excelencia. Su propio cuerpo es utilizado por Dios para transmitir su amor y su misericordia. También se referirá José Luis Martín Descalzo al respecto:

“Ser sacerdote es ser mediador entre Dios y los hombres. ¡Casi nada! Mediador, es decir, escogido por Dios para hablar de los hombres y escogido por los hombres para comunicarse con Dios. Mediador entre Dios y el mundo, es decir, hombre de Dios y hombre del mundo, con mucho de hombre y otro mucho de Dios.”

Jesús quiere nuestra felicidad, desea una vida plena para nosotros y por eso se parte y se reparte por nosotros en la última cena, en la cruz, en cada eucaristía. Jesús se dona por nosotros en algo tan cotidiano como un pedazo de pan y en algo tan especial como en una copa de vino. El pan, alimento básico, sin el cual morimos, el vino bebida especial, sin la cual no hay alegría, no se celebra, ni se comparte. Así Jesús decide quedarse con nosotros y meterse en nosotros, a través de estos elementos tan cotidianos de la vida humana y que se convierten en su cuerpo y en su sangre. A través de ellos se sella la Alianza nueva y eterna de Dios con toda la humanidad.

La Eucaristía nos hace uno con Cristo y a la vez uno con los demás con toda la Iglesia. La Eucaristía es comunión con Jesús y comunión con los hermanos. Es también fraterna, comemos del mismo cuerpo. Comulgamos lo mismo. Nos unimos más en la comunión con el cuerpo de Cristo. Somos todos un solo Cuerpo en Cristo. **También lo fraterno ha de ser un aspecto fundamental de tu sacerdocio en una sociedad individualista.**

La Eucaristía tiene también un horizonte amplio que nos remite hacia la eternidad. Llama la atención la frase de Jesús al final de la cena: “Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el fruto del vino nuevo en el Reino de Dios.” Jesús se despide hasta la eternidad. Allí volveremos a sentarnos con él a la mesa para celebrar el banquete del Reino. Mientras tanto al celebrar la Eucaristía, lo que hacemos es anticiparnos a este banquete, pero el definitivo será el del cielo. En definitiva la Eucaristía nos abre una ventanita del cielo para que podamos degustar ya aquí lo que será el cielo.

Mi querido Jaime, que tu sacerdocio apunte siempre hacia el cielo, hacia la vida eterna.

El Padre Kentenich decía que nuestra vida tiene que girar en torno al altar, del altar a la arena de la vida y de la arena de la vida al altar. Es decir, que toda nuestra vida sea Eucarística, que esté traspasada por el amor de Dios expresado en el sacrificio del altar. Seremos así hombres y mujeres, que reflejen con sus vidas, lo que se vive en el altar. Coherencia absoluta entre lo que vives y lo que celebras.

Querido Jaime, eso mismo te deseo hoy en el día de tu primera misa. Que tu sacerdocio sea un reflejo de tu comunión con Cristo, que tu corazón palpite al unísono del sagrado corazón de Jesús. **Que seas un sacerdote de la Eucaristía** que como Jesús entregues tu cuerpo para la salvación y felicidad de los demás y que te conviertas en un Pastor Bueno para todas las personas que se dejen guiar por ti, y en Pasto, que alimente sus almas hambrientas de Dios, de Verdad y de Justicia.

Que tu sacerdocio sea una manifestación del amor misericordioso de Dios desde el principio hasta el final. Así lo vivió nuestro Padre y Fundador regalándole su corazón a aquellos jóvenes que Dios le confió: *“Me pongo enteramente a vuestra disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, pero sobre todo les pertenece mi corazón.”*

Solamente en esa comunión con Cristo, siendo un alter Christus, desde la Eucaristía, es posible la entrega generosa, darte, entregar tu corazón.

Querido Jaime, que tu sacerdocio, sea profundamente mariano. La Virgen, está siempre a tu lado, en cada Eucaristía está junto a ti. Has sellado una Alianza con ella. Déjate utilizar por ella como su instrumento. Ella te va a cuidar como cuidó de su Hijo, ella te va a ayudar en tu sacerdocio. Será tu mejor colaboradora. Sé tú también su instrumento como lo fue nuestro Padre, haciendo tuya la misión del Padre: *“Mi misión fue y es anunciar, al mundo el misterio de María.”*

Finalmente, querido Jaime, que tu sacerdocio sea plenamente humano. El P.José Kentenich insistía en una frase muy señera: *“primero hombre, después cristiano, para ser así ser plenamente hombre.”* Jaime, el hecho de celebrar hoy el cuerpo y la sangre de Cristo nos recuerda a la humanidad del Señor, el quiso ser hombre para mostrarse frágil y sanar nuestra humana fragilidad. **No te olvides de que eres hombre Jaime, porque así entenderás el sufrimiento humano, así tendrás entrañas de misericordia para acoger y perdonar tanta miseria humana, que sin aceptar nuestra humanidad no seríamos capaz de perdonarla como Jesús la perdona.** El sacerdote tiene que ser ante todo un hombre con los pies en la tierra, que entiende la realidad humana, que la acoge y la sana, desde la cruz de Cristo, desde la entrega de su cuerpo.

No te olvides Jaime de que llevamos un gran tesoro en vasijas de barro, como dice San Pablo, para que se pueda ver la fuerza y el poder sanador de Dios. Reconocerte humano te permitirá ser un sacerdote comprensivo y compasivo. Podrás compadecer con el otro, *padecer con*, ponerte en el lugar del otro y regalarle la paz y el consuelo que sólo viene de Dios. El dolor compartido es mitad de dolor y la alegría compartida es doble alegría.

No dejes nunca de asombrarte como un niño, ante todo lo aquello que Dios te regale en las personas que se te confíen, en aquellos que vayan moldeando tu corazón de Pastor. Las personas son en tu sacerdocio una bendición de Dios que te mostrará el camino de tu entrega.

¡Te deseo en todo ello buen camino y como dice San Alberto Hurtado que toda tu vida, que tu sacerdocio, sea un disparo a la eternidad! Amen